

René Descartes
DISCURSO DEL MÉTODO
PARA BIEN DIRIGIR LA RAZÓN Y BUSCAR LA VERDAD EN LAS
CIENCIAS

Si este discurso parece demasiado largo para ser leído todo de una sola vez, podrá dividirse en seis partes. En la primera se encontrarán diversas consideraciones acerca de las ciencias. En la segunda, las principales reglas del método que el autor ha buscado. En la tercera, algunas otras reglas de la moral que ha extraído de ese método. En la cuarta, las razones por las que prueba la existencia de Dios y del alma humana, que son los fundamentos de su metafísica. En la quinta, el orden seguido en el tratamiento de las cuestiones de física que ha investigado y, en particular, la explicación del movimiento del corazón y de algunas otras dificultades que atañen a la medicina, y también la diferencia que hay entre nuestra alma y la de las bestias. Y en la última, las cosas que cree necesarias para avanzar en la investigación de la naturaleza hasta más allá de donde ha llegado, y las razones que le han impulsado a escribir.

PRIMERA PARTE

El buen sentido^a es la cosa mejor repartida del mundo, pues cada uno piensa estar tan bien provisto de él que aun los más difíciles de contentar en cualquier otra cosa, no suelen desear más del que tienen. Al respecto no es verosímil que todos se equivoquen, sino que más bien esto testimonia que la capacidad de juzgar bien y de distinguir lo verdadero de lo falso, que es propiamente lo que se llama el buen sentido o la razón, es naturalmente igual en todos los hombres; y así la diversidad de nuestras opiniones no proviene de que unos sean más razonables que los otros, sino solamente de que conducimos nuestros pensamientos por distintas vías y no consideramos las mismas cosas. Pues no se trata de tener el ingenio bueno, sino que lo principal es aplicarlo bien. Las almas más grandes son capaces de los mayores vicios, tanto como de las mayores virtudes; y los que andan muy despacio pueden avanzar mucho más, si siguen el camino recto, que los que corren pero se alejan de él.

Por mi parte, nunca he considerado que mi ingenio fuese en nada más perfecto que el del común de los mortales; hasta he deseado a menudo tener el pensamiento tan pronto, o la imaginación tan nítida y distinta, o la memoria tan amplia o presente, como algunos otros. Y no conozco otras cualidades sino éstas que sirvan a la perfección del ingenio; pues en cuanto a la razón, o al sentido^b, en tanto que es la única cosa que nos hace hombres y distingue de las bestias, quiero creer que está entera, sin ninguna reserva, en cada uno de nosotros y seguir en esto la opinión común de los filósofos^c que dicen que el más y el menos se da sólo entre los *accidentes* y de ningún modo entre las *formas*, o naturalezas de los *individuos* de una misma especie.

Pero no temo decir que pienso haber tenido mucha fortuna al haberme hallado desde mi juventud en algunos caminos que me han conducido a consideraciones y máximas con las que he formado un método, por el que me parece que tengo el medio para aumentar gradualmente mi conocimiento y elevarlo poco a poco hasta el punto más alto al que la mediocridad de mi ingenio y la corta duración de mi vida podrán permitirle alcanzar. Pues he recogido ya tales frutos de ese método que, aún cuando en los juicios que hago de mí mismo intento siempre inclinarme del lado de la desconfianza más que del de la presunción, y aún cuando al mirar con talante filosófico las diversas acciones y empresas de todos los hombres no encuentro casi ninguna que no me parezca vana e inútil, no dejo de reconocer una extremada satisfacción por el progreso que pienso haber hecho ya en la búsqueda de la verdad ni de concebir tales esperanzas para el porvenir que si, entre las ocupaciones de los hombres, puramente hombres^d, hay una que sea sólidamente buena e importante, me atrevo a creer que es la que yo he escogido.

No obstante puede ocurrir que me equivoque, y que lo que no es sino un poco de cobre y de vidrio lo tome por oro y diamantes. Yo sé cuan expuestos estamos a equivocarnos en lo que nos atañe y cuan sospechosos deben sernos los juicios de nuestros amigos cuando son en favor nuestro. Pero me agradaría, en este discurso, mostrar qué caminos son los que he seguido y

representar en ellos mi vida como en un cuadro, a fin de que cada uno pueda juzgar, y así, atendiendo, por el rumor público, a las opiniones, sea éste un nuevo medio de instruirme, que añadiré a los que tengo la costumbre de servirme.

Mi intención no es, pues, enseñar aquí el método que cada uno debe seguir para conducir bien su razón, sino sólo mostrar de qué manera he procurado conducir la mía. Los que se ocupan de dar preceptos^e deben considerarse más hábiles que aquellos a quienes se los dan, y si yerran en la menor cosa, son reprobables. Pero al no proponer este escrito sino como una historia, o si lo preferís, como una fábula, en la que, entre algunos ejemplos que se pueden imitar, se encontrarán tal vez otros que se tendrá razón en no seguir, espero que sea útil para algunos, sin ser pernicioso para nadie, y que todos agradecerán mi franqueza.

Yo he sido educado en las letras^f desde mi infancia, y como se me persuadía de que, por medio de ellas, se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de todo lo que es útil para la vida, tenía un extremado deseo de aprenderlas. Pero tan pronto como hube acabado esos estudios, al cabo de los cuales es costumbre ser admitido en el rango de los doctos, cambié por completo de opinión. Pues me encontraba tan perplejo por tantas dudas y errores, que me parecía no haber hecho otra cosa de provecho, tratando de instruirme, sino descubrir más y más mi ignorancia. Y sin embargo, estaba en una de las más célebres escuelas de Europa, en donde pensaba que debía haber hombres sabios, si es que los había en algún lugar de la Tierra. Había aprendido allí todo lo que los demás aprendían; incluso, no habiéndome contentado con las ciencias que se nos enseñaban, había recorrido todos los libros que pudieron caer en mis manos y que hablan de las que se estiman más curiosas y raras^g. Con todo, sabía los juicios que los otros hacían de mí, y no veía que se me estimase en menos que a mis condiscípulos, aunque ya había entre ellos algunos que estaban destinados a ocupar las plazas de nuestros maestros. Y en fin, nuestro siglo me parecía tan floreciente y tan fértil en buenos ingenios como cualquiera de los precedentes. Por todo lo cual me tomaba la libertad de juzgar por mí mismo a todos los demás y de pensar que no había doctrina alguna en el mundo que fuese tal como anteriormente se me había hecho esperar.

Sin embargo no dejaba de reconocer el valor de los ejercicios que se hacen en las escuelas. Sabía que las lenguas^h que allí se aprenden son necesarias para comprender los libros antiguos; que el encanto de las fábulas despierta el ingenio; que las acciones memorables de las historias lo elevan, y que, leídas con discreción, ayudan a formar el juicio; que la lectura de todos los buenos libros es como una conversación con las más honestas gentes de los siglos pasados, que han sido los autores, e incluso una conversación estudiada en la que ellos no nos descubren sino lo mejor de sus pensamientos; que la elocuencia posee fuerzas y bellezas incomparables; que la poesía tiene delicadezas y dulzuras muy embelesadoras; que en las matemáticas hay invenciones muy sutiles y que pueden servir mucho, tanto para contentar a los curiosos como para facilitar todas las artes y disminuir el trabajo de los hombres; que los escritos que tratan acerca de las costumbres contienen muchas enseñanzas y muchas exhortaciones a la virtud que son muy útiles; que la teología enseña a ganar el cielo; que la filosofía proporciona medios para hablar verosímelmente de todas las cosas y para hacerse admirar por los menos sabios; que la jurisprudencia, la medicina y las otras ciencias aportan honores y riquezas a quienes las cultivan; y en fin, que es bueno haberlas examinado todas, incluso las más supersticiosas y las más falsas, para conocer su justo valor y guardarse de ser engañado.

Pero creía haber dedicado ya bastante tiempo a las lenguas y también a la lectura de libros antiguos, a sus historias y a sus fábulas. Pues es casi lo mismo conversar con las gentes de otros siglos que viajar. Bueno es saber algo de las costumbres de otros pueblos para juzgar las nuestras con más corrección, y que no pensemos que todo aquello que va contra nuestras maneras de vivir es ridículo y opuesto a la razón, como habitualmente hacen quienes no han visto nada. Pero cuando se emplea demasiado tiempo en viajar, se llega a ser finalmente extranjero en el propio país; y cuando se está demasiado interesado por las cosas que se practicaban en los siglos pasados se permanece de ordinario muy ignorante de las que se practican en éste. Por otra parte, las fábulas hacen imaginar como posibles muchos acontecimientos que no lo son; igualmente las historias más fieles, si no cambian ni aumentan el valor de las cosas, para hacerlas más dignas de ser leídas, al menos omiten casi siempre las

circunstancias más bajas y menos ilustres; de ahí que lo que resta no aparece tal como es, y que quienes regulan sus costumbres por los ejemplos que sacan de ellas, están expuestos a caer en las extravagancias de los paladines de nuestras novelas y a concebir designios que rebasan sus fuerzas.

Estimaba en mucho la elocuencia y era un enamorado de la poesía; pero pensaba que la una y la otra eran dones del ingenio más que frutos del estudio. Los que tienen el más vigoroso razonar y ponen en orden mejor sus pensamientos con el fin de hacerlos claros e inteligibles, pueden siempre persuadir mejor sobre lo que proponen, aunque no hablen sino bajo bretónⁱ y no hayan aprendido jamás retórica. Y los que tienen las inspiraciones más agradables y las saben expresar con el máximo ornato y dulzura, no dejarán de ser los mejores poetas aunque el arte poética les fuera desconocido.

Me complacía sobre todo con las matemáticas a causa de la certeza y la evidencia de sus razones; pero no advertía todavía su verdadero uso, y, pensando que no servían sino a las artes mecánicas, me sorprendía que, siendo sus fundamentos tan firmes y tan sólidos, no se hubiese levantado sobre ellos nada más noble^j. En cambio, comparaba los escritos de los antiguos paganos^k, que tratan de las costumbres, con palacios muy soberbios y magníficos, pero no levantados sino sobre arena y barro. Elevan muy en alto las virtudes y las hacen parecer estimables por encima de todas las cosas del mundo; pero no enseñan bastante a conocerlas, y a menudo lo que ellos llaman con tan bello nombre no es sino insensibilidad, orgullo, desesperación o parricidio.

Trataba con reverencia a nuestra teología y pretendía, como cualquier otro, ganar el cielo; pero habiendo aprendido, como cosa muy segura, que el camino no está menos abierto a los más ignorantes que a los más doctos, y que las verdades reveladas, que allá conducen, están por encima de nuestra inteligencia, nunca me hubiera atrevido a someterlas a la debilidad de mis razonamientos, y pensaba que para emprender su examen y tener éxito era preciso alguna extraordinaria ayuda del cielo y ser algo más que hombre.

No diré nada de la filosofía sino que, viendo que ha sido cultivada por los más excelentes ingenios que han vivido desde hace siglos, y que, sin embargo, no se encuentra aún ninguna cosa de la que no se dispute, y, por consiguiente, que no sea dudosa, no tenía yo la presunción de obtener un logro mejor que los demás; y que, considerando cuán diversas opiniones puede haber tocantes a una misma materia, que sean sostenidas por gentes doctas, sin que pueda haber jamás más de una que sea verdadera, yo tenía casi por falso todo lo que no era más que verosímil.

Y en cuanto a las otras ciencias^l, en tanto que toman sus principios de la filosofía, juzgaba yo que no se podía haber levantado nada que fuera sólido sobre fundamentos tan poco firmes. Y ni el honor ni las ganancias que prometen eran suficientes para invitarme a aprenderlas; pues no me veía, gracias a Dios, en condición tal que me obligase a hacer de la ciencia un oficio con que desahogar mi fortuna; y aunque yo no hiciese declaración pública de despreciar la gloria a lo cínico, hacía poco caso de la que no esperaba poder adquirir sino con falsos títulos. Y en fin, respecto de las malas doctrinas, pensaba conocer ya bastante lo que valían para no estar expuesto a ser engañado ni por las promesas de un alquimista, ni por las predicciones de un astrólogo, ni por las imposturas de un mago, ni por los artificios o la presunción de alguno de los que hacen profesión de saber más de lo que saben.

Por ello, tan pronto como la edad me permitió salir de la sujeción de mis preceptores, abandoné por entero el estudio de las letras. Y resuelto a no buscar otra ciencia sino la que pudiera encontrar en mí mismo o bien en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar, en ver cortes y ejércitos^m, en frecuentar gentes de diversos temperamentos y condiciones, en recoger diversas experiencias, en probarme a mí mismo en las circunstancias que la fortuna me deparaba, y en todas partes hacer tal reflexión sobre las cosas que se me presentaban que pudiera obtener algún provecho de ellas. Pues me parecía que podía encontrar mucha más verdad en los razonamientos que cada uno hace en lo tocante a los asuntos que le interesan, y cuyo resultado le debe castigar poco después si ha juzgado mal, que en los que hace un hombre de letras en su despacho, en lo tocante a especulaciones que no producen efecto alguno y que no le reportan otra consecuencia, sino que tal vez aumentará tanto más la vanidad cuanto más alejadas estén del sentido común, puesto que habrá debido emplear más ingenio y

artificio en procurar hacerlas verosímiles. Y tenía siempre un extremado deseo de distinguir lo verdadero de lo falso, para ver claro en mis acciones y caminar con seguridad por esta vida.

Es verdad que, mientras no hacía sino considerar las costumbres de los otros hombres, no encontraba apenas de qué estar seguro, y advertía casi tanta diversidad como antes la había observado entre las opiniones de los filósofos. De suerte que el mayor provecho que obtenía era que, viendo muchas cosas que, aunque nos parezcan muy extravagantes y ridículas, no dejan de ser comúnmente admitidas y aprobadas por otros grandes pueblos, aprendía a no creer demasiado firmemente nada de aquello de lo que no se me había persuadido sino por el ejemplo y la costumbre; y así me liberaba poco a poco de muchos errores, que pueden ofuscar nuestra luz natural y volvernos menos capaces de escuchar la razón. Pero después que hube empleado algunos años en estudiar así en el libro del mundo y en tratar de adquirir alguna experiencia, tomé un día la resolución de estudiar también en mí mismo y emplear todas las fuerzas de mi ingenio en escoger los caminos que debía seguir. Lo cual me salió mucho mejor, eso me parece, que si no me hubiese nunca alejado de mi país y de mis libros.

NOTAS

a El buen sentido"; pueden apreciarse dos significados diferentes: a) la facultad natural de distinguir lo verdadero de lo falso, y b) la sabiduría. Aquí debe considerarse el primer significado, como sinónimo de "razón", equivalente a "capacidad —o facultad— de juzgar" y "luz natural", en la medida que quiere señalar la capacidad de distinguir lo verdadero de lo falso, sin adulterar. Alguna vez también "sentido" es equivalente.

b "El sentido"; tiene aquí el mismo significado que "buen sentido".

c Se refiere a los filósofos escolásticos.

d Los hombres que, como dirá un poco más adelante, carecen de "alguna extraordinaria ayuda del cielo" y no son "algo más que hombre".

e Aquí en sentido moral con carácter imperativo.

f Letras, esto es, humanidades: gramática, historia, poesía y retórica.

g Libros de ciencias ocultas: la astrología, la alquimia y la magia; y las que pocos conocen pero que esconden secretos particulares, como la química, una parte de la óptica (la que hace ver cosas maravillosas con espejos y lentes).

h Latín y griego.

i Descartes usa la expresión "hablar bajo bretón" para significar "hablar de modo poco literario y que pocos entienden".

j El estudio de las matemáticas se dirigía a su aplicación práctica.

k Se refiere a los estoicos.

l Se refiere a Medicina y Derecho.

m Descartes se alistó en 1618 en el ejército del príncipe, protestante, Mauricio de Nassau. En 1619 asiste a la coronación del emperador, católico, Fernando II. Después se alistó en el ejército de Maximiliano de Baviera, católico.